

## Paz para Euskadi

Pocas palabras son tan comodín. Pocas se utilizan, con tanto descaro, para todo. Los 25 años de la «Paz de Franco» —la campaña que orquestó el insigne demócrata Dn. Manuel Fraga— se celebraron tras el asesinato —legal eso sí— de Julián Grimau. Fue un rito sangriento con el que el enano sanguinario obligaba a los nuevos ministros del «franquismo renovado», del fascismo hispano que empezaba a hacer cola a las puertas de la «Europa democrática», a embadurnarse manos, rostro y pecho con «sangre popular». Era la comunión de Fraga y los desarrollistas del Opus Dei con el crimen continuado e interminable de la guerra civil. Lo que el GAL ha sido para el felipismo y la continuidad «democrática» del Régimen que se impuso en el 39.

Paz, paz, paz. Todo es paz. La guerra es paz. La opresión es paz. La esclavitud es paz. Nadie más pacífico que el esclavo bajo el látigo. La muerte es paz. Nadie más pacificado que los muertos. «Gesto por la Paz», «Asociación por la Paz»... Paz, paz. La traición es paz. Nadie más sumiso que el traidor ante el poder de la moneda. Nadie más encarnizado que el traidor con quien no ha traicionado. «Cómo se distingue la paz de la «paz»: la paz real, de la paz comodín, la paz del pueblo, de la paz del Imperio: la paz de la vida, de la paz de la muerte: la paz de pie, de la paz de rodillas? ¿Quién define la paz: quien impone su paz?»

Pido, decía Blas de Otero, la paz y la palabra. ¿Puede haber paz cuando se niega la palabra? ¿Puede haber paz para el pueblo al que se niega hasta la voz, su propia voz? Quienes por el triste precio de la legalización vendieron los restos de Grimau, y de tantos, tantos miles de camaradas, y de tantos miles, miles, miles de hombres, mujeres y niños con

derecho a paz, y a vida ¿tienen acaso paz? Su forzada, aunque aceptada, pacificación, su renuncia de sí mismos, ¿es acaso paz? ¿Merece el nombre de paz el sonambulismo de su triste existencia?

La resignación, ¿es paz? ¿O es el vacío instalado en el espacio que la lucha abrió para la esperanza? Los Estados, que todos tienen Ministerio de la Guerra —hoy pudorosamente rebautizado de «Defensa»— ofrecen paz, dispensan paz, son paz? Garantizan sometimiento de clase. Perpetúan la opresión instaurada a sangre y fuego. Ayudan al capital a extraer su plusvalía con la mayor eficacia y los menores sobresaltos. «Plusvalía», un término abstracto, tiene un valor concreto: trabajo no pagado. Trabajo no pagado es vida robada: energía vital expropiada. Coaligados, atrincherados en las «defensas» del Estado, los ladrones de vida, los expropiadores de vida y hacienda del pueblo trabajador, imponen su paz. Ejército, policía, funcionarios, son los instrumentos de su paz. ¿Algún Estado estableció jamás un Ministerio de la Paz? ¿Que no nos hablen de su paz! ¿Su paz es nuestra guerra, es la guerra que hacen contra todos nosotros! Nuestra paz sólo puede ser su desaparición: la desaparición de la explotación, de la opresión de clase, y de todos sus instrumentos.

Nuestra paz sólo la haremos librándonos definitivamente de ellos. Librando el conjunto material e inseparable de nuestro cuerpo y nuestra mente de la tenaza con que nos agarraron al nacer y con la que nos dejan caer en la tumba, desechos de su explotación. Cambiando el campo en el que transcurre nuestra existencia, y nuestra existencia misma. Transformando todo revolucionariamente.

Y no sólo expropiamos nuestro trabajo: expropiamos nuestra memoria. Extirpan la conciencia que naturalmente desarrollaríamos viviendo en el encierro por vida dentro de su sistema: conciencia de la explotación, de la opresión, del sometimiento. Y la sustituyen por la falsa conciencia que para nosotros fabrican su televisión, sus periódicos, sus radios, sus libros, sus escuelas, sus policías y verdugos, por si acaso fallan todos los demás aparatos de «concienciación», de «pacificación».

Paz real, paz verdadera, paz del pueblo y para el pueblo, conseguida por la lucha inquebrantable del pueblo, sólo lo habrá en Euskadi, o en cualquier otro sitio, el día en que Euskadi, o esos otros sitios, sean libres del Estado opresor y del capitalismo explotador. La paz es la sociedad nueva: el cambio de las relaciones entre los hombres, y de los hombres con las cosas, que traerá el socialismo, ese sistema nuevo y verdaderamente distinto que tanto denigran hoy los que usurpan su nombre: esos falsos «socialistas» para los que sólo existe y es pensable el capitalismo por el que han sido comprados. La vergüenza de su derrota consentida se disfraza de arrogancia. La humillación de su renuncia la tapan con su identificación con los poderosos. Su negro cerebro de renegados, chamuscado por el cortocircuito de su conversión interesada, lo tienen con los colores de un hedonismo irreal. Su incapacidad de goce real la recubren con su impudico exhibicionismo de neuróticos y pseudo-poderosos. ¿Qué paz pueden ofrecernos, ni interior ni exterior? Interior no la tienen ellos. Exterior no se la dejaremos tener. Hasta que haya verdadera paz. En Euskadi y más allá.

(\*) Escrito

## Izan da, da, eta date

Rosa Condek ez du zalantzarako zirikuririk utzi: «no ha habido, no hay, no habrá diálogo con ETA». Bestela esanda: «hor duze soluzioa: Konstituzioa, Estatutua. Amejoramientoa. Kitto. Hor duze bidea: espainiar legetasuna nagusi».

Aski da, beraz, terroristek eskilua bertoko kuartelilloan ematea; eta aski da, bide beretik, txalotzen dituzten eroak, utopiak ehortzi, eta «sano regionalismo norteño»aren bidetik abiatzea, horretarako Ardanza eta Urralburu irakasletzat hartuz.

Hitz batez, Madrileko gobernu «sozialistak», Cisneros, Espartero eta Francoren gobernuen bidetik orpo orpo, euskal nazio-arazoa ukatu; eta espainiar legetasunetik artenbiderik ez dagoela errepikatu digu.

Zanpaketa hutsaren bide hori, ordea, bai hemen, bai bestetan, elkor agertu da; nahiz oinazez murruri beretik. Eta Etikaren aurkako ere bai, jakina; herri guztiak, gureak barne, baitute beren burua babeskeriarik gabe gobernatzeko eskubidea.

Rosa Condek, ordea, hau esan du: «Egurra, egurra eta egurra». Erdara baituz: «no ha habido, no hay, no habrá diálogo».

Hemen, ordea, genozidioren bat antolatzen ez bada, autodeterminazioa izango da bakerako bidea; eta hau lortzekotan, negoziazioa egon da eta egongo da. Beste non-nahi bezala. «Ha habido, hay, y habrá diálogo».

Euskaraz esanda: izan da, da, eta date.

Geroak erranen.

TXILLARDEGI

## hemeroteca

### Primeras frases

(Ramón Chao, «Diario 16»)

Una joven alemana, bella y erudita, advierte que la frase inicial de *Beltenebros* está calcada de Juan Rulfo.

El ejemplo de invocación literaria más lejano en mi memoria procede de *Artemidoro*, que comienza la *Interpretación de los sueños*: «No porque yo cediese por pereza o por insensatez...», con versos de Homero (*Iliada*, canto X). Cervantes pudo haber cogido la frase «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía...» del Romancero: «En un lugar de la Mancha, que no le saldrá en su vida...», de *Aladino* y la lámpara maravillosa: «En la capital de un reino de cuyo nombre ahora no me acuerdo había un alfayate...».

Sí, es posible que cuando escribió Muñoz Molina «Vine a Madrid para matar a un hombre a quien no había visto nunca...» se acordara de «Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo». Porque Rulfo ha sido norte de muchos escritores. Tal vez García Márquez lo haya citado cuando empezó a escribir *Cien años de soledad*: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a descubrir el

hielo», claro recuerdo de Pedro Páramo: «El padre Rentería se acordaría muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto...», o de Onetti en *Juntacavalveres* (se lo señalo a mi amiga, que es aún más onettiana que yo): «Hace cinco años, cuando el gobernador decidió expulsar a Larsen de la provincia, alguien profetizó, en broma e improvisando, su retorno, la prolongación del reinado de cien días...».

Resumiendo, que se puede controlar la primera frase; después, como dice Bryce Echenique, es lo que Dios quiera...

### Droga

(Carlos Pérez Uralde, «Deia», 22-7-89)

Mientras por aquí varios consumidores de heroína adulterada mueren en la calle, me entero de que en Marbella se consumirá este verano una tonelada de cocaína en el curso de las vertiginosas fiestas, saraos, reuniones, juergas, almuerzos, cenas y demás diversiones públicas y privadas gracias a las cuales la gente bien se sacude mercedosamente el estrés acumulado el resto del año.

(...)Las autoridades sanitarias nos atuden cotidianamente contra el peligro de la droga, pero olvidan decirnos que como en tantas otras cosas, también en ésta todavía hay clases. La imagen que tenemos del consumidor de droga es la del yonqui de chupa negra que se busca

la vida saqueando farmacias, pero apenas ha entrado en nuestro registro visual esa mujer o ese hombre situado en la cumbre de la pirámide social que no tiene ningún problema en lograr su dosis sin correr peligro alguno de morir por adulteración del producto o de ser arrestado por la policía después de robar un bolso. La comparación conduce irremediablemente a compartir con los partidarios de la venta legal de droga bajo control sanitario y precios razonables la idea de que ése es el único medio para atenuar la impresionante sangría provocada por la epidemia. Si no se hace así, unos seguirán ensañando toneladas de coca sin más riesgo que los inevitables mientras los otros caen como moscas en lavabos y callejones.

### Inmundos

(Rosa Montero, «El País», 22-VII-89)

A raíz de los fusilamientos de Cuba he tenido ocasión de leer algún que otro comentario furibundo, con gentes transidas de santa indignación que llamaban a Fidel «sucias bestias inmundas» y otras sutilezas semejantes. No cabe duda de que el ir ejecutando gente por la vida, con el pulso firme y la soflama puesta, no constituye precisamente una gesta honorable, y el asunto no es que haya beneficiado mucho, que se diga, a la ya comatosa fama de Fidel.

Ahora bien, atónita me deja que

habiendo personas de conciencia tan fina no arremetan también, con entusiasmo similar, contra otro asesinato legal que por desgracia no es más que el primero entre otros muchos: la ejecución, en la silla eléctrica, de un deficiente mental norteamericano. Claro que, en lo tocante a esa ejecución, los artículos quizá no queden tan bonitos. Porque, ¿a quién se le podría llamar, en este caso, eso tan sentido de «sucias bestias inmundas»? ¿Al Tribunal Supremo de Estados Unidos? ¿A Bush, tan limpio él y encorbado? ¿A ese sistema democrático que permite achicharrar adolescentes y subnormales, crear castas de asesinos/verdugos funcionarios, salpicar de sangre y culpa a la totalidad de la población? ¿Habrá que llamar «sucias bestias inmundas» a

todos esos prohombres y promujeres norteamericanos que se desganitan en contra del aborto, tan preocupados ellos por la vida de un grupo informe de células fetales, y que, sin embargo, sin que tampoco les tiemble a ellos el pulso una mija, mandan freír a fuego lento (tardan en matarle 20 minutos) a un deficiente mental totalmente desarrollado y crecido?

Será por eso, digo yo, por un prurito estético y un amor a la elegancia periodística, que casi nadie protesta por la bestialidad legal norteamericana. Y es que, para escribir una buena pieza literaria, no hay como tener un malo al que culpar: barbudo, dictador y vestido de verde bliva militar, a ser posible.



«El Independiente»